

JORGE CARPIZO: LÍDER

José DÁVALOS

Desde la preparatoria, en donde tuve la fortuna de conocerlo, de acercarme a él y tratar de ser su amigo, Jorge Carpizo era el centro, el núcleo del grupo de sus compañeros en la escuela. Dejaba que los demás expresaran su opinión sobre el tema que abordábamos, luego él daba su opinión; generalmente coincidíamos con su punto de vista y con su actitud frente a los hechos que se nos presentaban.

Cuando se dio alguna dificultad en el trabajo, por un “malentendido”, el doctor Carpizo nos reunió a sus colaboradores. Con voz pausada, pero firme, nos dijo y nos lo repitió: “Podemos discutir las cosas y las instrucciones antes de decidir las, pero una vez que se da la orden, todo mundo obedece, ahí se acaban las discusiones”.

Entre las muchas características que se pueden reconocer en Jorge Carpizo, como magnífico tratadista, imaginativo, creador, defensor de los derechos universitarios primero y luego gran defensor de los derechos humanos en el país, está una virtud muy particular: siempre estaba pronto para servir a los demás, sobre todo a los más necesitados en todos los aspectos, fueran sus amigos o no lo fueran; pero había la particularidad de que buscaba la forma de que no se hiciera ostensible su servicio.

Fue un estudiante de calificaciones de diez. Era un hombre entregado al estudio. Nunca daba una cátedra, una conferencia, un discurso que no lo hubiera preparado. Tuve oportunidad de ver manuscritos de su preparación diaria, para muchos de sus artículos que se publicaban en revistas especializadas y para sus libros. Sobre todo cuando trabajé con Jorge Carpizo en varias dependencias, me tocó cerciorarme de que, así fuera en la madrugada, se ponía a preparar sus exposiciones que hacía el día siguiente.

Pude ver cuando le pedía a su secretaria que corrigiera algún documento, siempre lo hizo con respeto y amabilidad. Era exigente consigo mismo, rigurosamente exigente; con los demás pedía el trabajo que les había encomendado, pero era indulgente, fácil para perdonar y para aligerar culpas.

En un momento de mucha tensión, de los tantos que nos tocó vivir en la UNAM, yo trataba de hacer una llamada telefónica urgente, pero no podía hacer el contacto con la persona que buscábamos. El doctor Carpizo, sereno, se acercó hasta donde yo estaba, me pidió el teléfono; despacio, él marcó el número. Pronto contestó el interlocutor. Aquel gesto, que no se me borra de la mente, lo tomé como una lección para la vida práctica: ante las dificultades es mejor y más seguro guardar la calma y caminar despacio, sin precipitaciones.

En los comienzos de su gestión en la Universidad, recuerdo que en algunas ocasiones el maestro Carpizo se resistía para hablar con la gente de la prensa; sin embargo, como sabía que era parte de su función, al hacerlo se manejaba como un maestro en el trato con los representantes de los medios de comunicación. Jovial, sencillo, iba directo a los puntos esenciales de la información que necesitaban los periodistas; le preguntaban, a veces también él les preguntaba. Los reporteros, hombres y mujeres, pronto le hicieron sentir su confianza y, aun, el afecto. Los periodistas siempre encontraron abiertas las puertas de la oficina del doctor Carpizo.

Una de las características que lo distinguió fue su coherencia. Desde muy joven cumplió lo que siempre dijo en su cátedra, en sus artículos y en sus libros, fue respetuoso de las convicciones de los demás. Varias veces, sobre todo como estudiantes, lo vi exigir con energía que se respetara el punto de vista de los compañeros. No cedía un ápice cuando sabía que alguien quería agredir a quien no pensara como él.

Casi en cada uno de los puestos de responsabilidad que desempeñó, dentro y fuera de la UNAM, el doctor Jorge Carpizo reunió sus informes sobre las actividades y las obras realizadas, mensajes, entrevistas periodísticas, artículos, y folletos, y los editó en tantos volúmenes como era necesario. Comentaba que la obra escrita era lo único que permanecía. Fue otra lección para la vida. Actualmente mucha gente consulta sus publicaciones.

En 1966, un grupo de jóvenes planearon, y lo consiguieron, tirar al doctor César Sepúlveda, como director de la Facultad de Derecho y al doctor Ignacio Chávez, como rector de la UNAM. ¡Dos grandes personalidades del mundo académico! Jorge Carpizo, entre los estudiantes de la universidad, era de los jóvenes representativos de la corriente casi unánime que defendió a la UNAM, al director y al rector. El grupo de activistas, en el estacionamiento de la Facultad de Derecho, a media mañana, interceptaron a Jorge Carpizo, lo jalonearon y lo trasquilaron.

El estudiante Jorge Carpizo, después de ese hecho bochornoso, fue al aula a impartir la cátedra de derecho civil que le había encargado el prestigiado maestro Jorge Sánchez Cordero, que por razones académicas se en-

contraba de viaje en Europa. El salón de clases estaba lleno, aproximadamente 90 alumnos. Todos se pusieron de pie en señal de respeto y de reconocimiento, luego tomaron asiento, y Jorge Carpizo comenzó la cátedra. Al salir de la Facultad fue a la peluquería para que le arreglaran el pelo. Su vida de estudiante de la Universidad siguió sin cambios.

Siendo yo director general de Asuntos Jurídicos de la UNAM, en 1973, un grupo numeroso de jóvenes encabezados por jefes de los entonces llamados “comités de lucha”, antes de la medianoche entraron a las oficinas en donde me encontraba; me pidieron que la Universidad retirara las denuncias que había presentado ante la Procuraduría General de la República en contra de varios jóvenes que se habían apoderado de alteros de paquetes de papel, de máquinas de escribir, de teléfonos, de vehículos propiedad de la Universidad, etcétera. Me advirtieron que si no se retiraban las denuncias ellos se quedarían ocupando las oficinas de la Dirección General de Asuntos Jurídicos.

Dijeron aquellos activistas que al día siguiente a las 12 del día estarían ahí para saber la respuesta. Lo consulté con el doctor Jorge Carpizo, entonces abogado general de la UNAM. Inmediatamente me contestó que cuando fueran a verme les dijera que las denuncias que presentaba la UNAM no se retiraban. A las 12 del día siguiente se presentaron con decenas de jóvenes con acciones violentas. Les di a conocer la respuesta de la UNAM. A todos los que formábamos el personal jurídico nos sacaron de las oficinas; les pedí que primero salieran las mujeres, y en seguida quienes quedábamos.

En muchas ocasiones tuve el agrado de trabajar con el doctor Jorge Carpizo, dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México y fuera de ella. Siempre, en los momentos difíciles, lo vi actuar pensando serenamente lo que hacía. El adagio dice que hombre que ve lejos es hombre que anda largo. El maestro Carpizo así vio y así actuó. Las olas de las circunstancias podían estar embravecidas, él siempre se mantuvo dueño del manejo de las situaciones. Sus órdenes siempre eran claras y precisas. Si no las entendíamos, teníamos la confianza de decirle que nos las repitiera.

Sus subordinados no titubeábamos para acatar sus instrucciones, porque sus órdenes eran claras y directas hacia fines determinados; no zigzagueaba, no daba vueltas. Otra de sus características como jefe era que hacía causa común con sus colaboradores. No recuerdo que alguna vez hubiera dicho que lo que estaba haciendo un compañero, él no lo había ordenado. Jorge Carpizo sabía la meta, tenía capacidad para ordenar, apoyaba a sus subordinados, y nunca lo vi dar marcha hacia atrás en las decisiones que tomaba, en las órdenes que daba.

¿Cuántas experiencias, cuántos hechos relevantes puedo contar de un gran universitario, de un gran líder de mente brillante, de un gran líder con claridad en las metas que se fijaba, pero sobre todo con enorme calidad moral, como Jorge Carpizo?